

LA MISIÓN COMO PARADIGMA DE LA RENOVACIÓN ECLESIAL

RESUMEN

El papa Francisco ha propuesto la misión como paradigma de la renovación de la Iglesia. El autor toma como punto de partida esta invitación y propone reflexionar sobre la incidencia de la cuestión en algunas cuestiones teológicas. La urgencia de la misión debe modificar no sólo la acción pastoral sino también el lenguaje teológico, porque el decir y el hacer están fuertemente vinculados. Dios, Jesucristo, el hombre, la cultura y las consecuencias éticas de la transformación misionera son los temas abordados en este artículo. Si, como afirma Francisco, la misión no puede dejar las cosas como están, la teología debe ser interpelada por la acción evangelizadora y la evangelización debe nutrirse en una teología que hable bien de Dios y del hombre.

Palabras clave: Francisco, misión, renovación, antropología, cultura

MISION AS A PARADIGM OF CHURCH RENEWAL

ABSTRACT

Pope Francis has proposed the mission as a paradigm for the renewal of the Church. The author takes this invitation as a starting point and suggests reflecting upon the importance of this matter in some theological issues. Not only must the urgency of the mission modify pastoral work, but also theological language, for words and actions are strongly linked. God, Jesus Christ, man, culture and the ethical consequences of missionary transformation are the topics discussed in this article. If, as Francis states, the mission cannot leave things the way they are, then theology must be questioned by the evangelizing task and evangelization must be nurtured by a theology that speaks well of God and man.

Key words: Francis, mission, renewal, anthropology, culture

1. La urgencia de la misión

El llamado misionero de la Iglesia no es nuevo. Viene resonando desde los primeros tiempos del cristianismo, cuando a mediados del siglo II la parusía inminente (donde la acción misionera quedaba notablemente reducida) se abrió al tiempo extendido y al espacio inconmensurable que le ofrecía la historia.¹ Precisamente, la investigación histórica nos permite percibir con claridad que es en el impulso misionero donde la Iglesia encuentra su identidad y vitalidad más profunda. La universalidad a la que está llamada encuentra en la misión unos de sus principales pilares. Cuando este impulso se aquieta y apaga la Iglesia, que debe irradiar el rostro glorioso y compasivo de Cristo, no hace más que reflejar el rostro opaco de una institución donde prevalecen los egoísmos humanos.

En los últimos cincuenta años ha sido el Concilio Vaticano II quien renovó la conciencia misionera con llamativa insistencia. Hallamos presente la cuestión no sólo como tema de documentos específicos (tal el caso de *Ad Gentes*) sino también como una realidad transversal y constitutiva de la Iglesia en su misterio y sacramentalidad. *Lumen Gentium* y *Gaudium et spes*, por ejemplo, nos invitan a pensar la misión en categorías nuevas, más allá de la concepción clásica de la misión como “implantación de la Iglesia”. Podemos notar una modificación de registro en el concepto “misión”, variando su aplicación según se refiera a pueblos no evangelizados o a comunidades que habiendo recibido la fe se enfrentan a una fuerte crisis cultural que las debilita.

Juan Pablo II ha recogido este desafío cada vez más acuciante con el paso del tiempo en su encíclica *Redemptoris Missio* (1990) Allí introduce nuevas nociones que ponen de relieve la complejidad de la situación. Ya no se trata sólo de misión *ad gentes* sino de una nueva evangelización (categoría usada por el mismo Papa en su visita a Santo Domingo en 1984, de honda significación para América Latina) o de una re-evangelización. No entro en el análisis del uso específico que

1. Cf. G. LAFONT, *Histoire théologique de l'Église catholique. Itinéraire et formes de la théologie*, Paris, Cerf, 1994.

Juan Pablo II hace de estos términos. Simplemente me valgo de su mención para destacar que su aparición denota un estado de la situación que no se soluciona con una sola palabra. La Iglesia se encuentra ante una coyuntura que la obliga a pensarse en la peculiaridad de una misión *ad intra*.

Hoy en día la misión vuelve a ocupar el centro de la escena de la mano de Francisco. Sin embargo, en el planteo actual encontramos una novedad respecto a los anteriores: la misión está asociada a la transformación de la Iglesia. Dicho de otro modo, la misión es el camino de conversión que la Iglesia debe transitar. No es solo llevar el Evangelio a los que no lo conocen o lo conocen poco, sino la oportunidad para una impostergable renovación eclesial. “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para su autopreservación” (EG 27).

Tampoco estamos ante una opción a la que uno es invitado a sumarse si siente una vocación especial o tiene tiempo libre para invertir. Francisco quiere instalar la misión como un estilo de vida que vertebré toda la actividad de la Iglesia. Para él, “la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15) que los cristianos debemos “asumir en cualquier actividad que se realice” (EG 18) porque de lo que se trata es de constituirnos “en todas las regiones de la tierra en un estado permanente de misión” (EG 25). Es en la misión donde se propone realizar la renovación de la parroquia y de toda institución eclesial, de cada diócesis y de la función episcopal, alcanzando finalmente al mismo papado (cf. EG 28-33).

La presente ponencia quiere indagar en algunos de los caminos que Francisco propone para la renovación de la Iglesia en clave misionera. Por supuesto, no pretendo agotarlos. Prefiero presentarlos como la punta de un iceberg que todos estamos llamados a profundizar. Porque, como señalaba recién, el llamado no excluye a nadie. “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comunidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

2. El Papa en el balcón

El 13 de marzo de 2013 Francisco salió al balcón con el rostro conmocionado y saludó tímidamente con la mano. Estaba como tieso. No comenzó su discurso con un “Alabado sea el Santísimo Sacramento” ni lo cerró recordando que “Cristo vence”. Dijo “buenas noches” y “buen descanso”. Saludó a los peregrinos como si fuera su hermano de camino. Se inclinó ante el pueblo y pidió la bendición. Se reconoció pastor de la Iglesia de Roma, primera en la caridad, y dejó entrever que esa era la única aspiración de superioridad que pretende alcanzar. Lo fueron a buscar al fin del mundo, según sus palabras. O tal vez del nuevo mundo del sur, que como continente tiene rostros que mostrar, gestos que aportar y palabras que decir. Después rompió varios protocolos. Hasta se animó a exclamar ante todo el mundo: “¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre, para los pobres!”. Y recordar una verdad tan simple como olvidada: “Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo”.

Pienso que en esos primeros cinco minutos en el balcón se contiene germinalmente el estilo renovador que Francisco quiere impulsar en la Iglesia. Un estilo que se propone comunicar el mensaje de la salvación de un modo distinto. “Los enormes y veloces cambios culturales requieren que prestemos una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad” (EG 41). Pero no se trata de una adaptación del lenguaje solo para que sea más entendible en el contexto contemporáneo. La propuesta de Francisco no es una propuesta de divulgación o un maquillaje que hace más amable un mensaje exigente. El estilo comunicativo tiene consecuencias éticas. Es decir, lo que dice incide en el obrar. No hay una disociación entre dichos y hechos sino una coherencia vital avalada por la sencillez del Evangelio. El nuevo paradigma surgido de la misión tiene que influir en el lenguaje que la Iglesia utilice para anunciar al Dios de Jesucristo. “Si pretendemos poner todo en clave misionera, esto también vale para el modo de comunicar el Evangelio” (EG 34). No se trata solo de un esfuerzo para que el mensaje suene bien a los oídos sino de apropiarnos efectivamente de lo lógica de amor que emana de la fe. “La aceptación del primer anuncio, que invita a

dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás” (EG 178).

La transformación de la Iglesia no puede quedar en palabras bienintencionadas. Esto lo sabemos y tenemos sobrada experiencia de lo que significa. Pero tampoco es suficiente cambiar las estructuras manteniendo el modo de decirlas. Las palabras son tan importantes como los hechos y entre ambos debe existir una coherencia vital. La palabra tiene una dimensión ética y el correlato de su autenticidad es su vinculación y compromiso con las opciones que brotan del Evangelio. Francisco sugiere que cuando se olvida este correlato es muy difícil testimoniar el deseo de una transformación profunda. Un párrafo que piensa la relación comunidades eclesiales-pobres va esta línea. “Cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en la que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos” (EG 207).

Esta vinculación entre palabras y hechos me lleva a pensar que uno de los aspectos en donde la transformación misionera de la Iglesia se da es en la conexión entre teología y pastoral. Hoy más que nunca estas dos realidades no pueden estar dissociadas. La pastoral no puede atrincherarse en un hacer que le otorgue impunidad ante el pensar teológico. Pero la teología tampoco puede presentar sus tratados de un modo exclusivamente objetivo, como si la verdad que está proclamando fuese tan abstracta como el hombre al que se dirige. Ella tiene también un compromiso ético. Es cierto que hemos dados muchos pasos en la vinculación de ambos aspectos en estos últimos años. Nuestra Facultad es un espacio en donde ello se realiza. Pero la EG nos invita a profundizar esa opción y creo que allí puede estar una clave importante para la renovación misionera. Por eso me permito interrogarme a la luz de la Exhortación: ¿cómo incide esta relación en el discurso sobre Dios? ¿Cuáles son sus consecuencias antropológicas? ¿Cuál es la dimensión ética que se desprende de esta concepción? Intentaremos aproximarnos a estas cuestiones.

3. El Dios de Jesucristo

¿Qué Dios quiere presentar Francisco? La Exhortación no desarrolla esta cuestión en extenso pero la encontramos como una música de fondo que aclimata la propuesta misionera.

En primer lugar el Papa subraya que esta nueva etapa evangelizadora debe estar marcada por la alegría (cf. EG 1). Yo me animaría a complementar esta proposición añadiendo que se trata de una alegría misericordiosa. “Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia” (EG 3).

En el encuentro personal con Dios cada uno de nosotros ha experimentado un encuentro transformador por la misericordia. Francisco nos invita a prolongar esa experiencia al comunicar el mensaje de la salvación. En esta convicción se asienta que la misión nunca puede ser concebida en término de proselitismo partidario sino una invitación al encuentro con Aquel que todo lo puede. “Los cristianos tienen el deber de anunciar [a Dios] sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción” (EG 14).

La lógica de la misericordia encuentra su fundamento en el misterio de la Encarnación, en el misterio de un Dios que asumió la locura de hacerse hombre para salvar al hombre. Esta es la gran novedad propuesta por los relatos evangélicos y que la Exhortación pretende recuperar. La EG tiene como música de fondo al Cristo que gastó su vida caminando entre su pueblo, el que curó a enfermos y poseídos, al que habló de Dios con la autoridad que otorga la ternura, al que tuvo compasión de la multitud porque estaban como ovejas sin pastor, al que no se apresuró a condenar pero sí a perdonar, al que repite como un estribillo en los sinópticos: “Vete en paz, tu fe te ha salvado”. Es difícil imaginar para nosotros la profunda novedad que implicó para la multitud poder llamar a Dios *abba*. Por ello Francisco sostiene sin más que “el Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG 88). Identificar la misericordia con el relativismo moral o teológico es no haber comprendido que ella es compañera de camino de los procesos humanos. “Por lo tanto, sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de cre-

cimiento de las personas que se van construyendo día a día... Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades” (EG 44).

Por el contrario Francisco advierte contra el relativismo que es hijo de la falta de misericordia, más peligroso aún que el doctrinal. “Este relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran” (EG 80). Actuar, decidir, soñar, trabajar fundado en un egoísmo individualista que se traduce en la búsqueda de espacios de poder, de la seguridad económica y de glorias humanas. Tendríamos que sacar consecuencias teológicas de la confrontación de este doble relativismo porque en la práctica sigue planteando la separación entre el decir y el hacer.

La misión marcada por la alegría misericordiosa nos invita a repensar constantemente nuestro modo de enseñar el tratado de Dios y la cristología. Como señala W. Kasper la ausencia del tema en los textos sobre Dios es llamativa. Haciendo un mea culpa destaca la “alarmante constatación de que este tema -fundamental para la Biblia y de actualidad para la experiencia contemporánea de la realidad- solo ocupa, en el mejor de los casos, un lugar marginal en los diccionarios enciclopédicos y manuales de teología dogmática”.² Ya no podemos pensarla exclusivamente como uno de los atributos que derivan de la esencia metafísica de Dios sino que debemos darle mayor primacía a su presencia en la historia de la salvación. Pero tampoco es un tema marginal cuando contemplamos a Cristo. No es posible adentrarnos a las profundidades transformadoras de la misericordia sin recuperar el misterio de la Encarnación en su desconcertante paradoja histórica.

4. El condicionamiento antropológico de la cultura

Esta salvación es ofrecida al hombre pero no de cualquier manera. Francisco recuerda que la acción de Dios es recibida siempre en una

2. KASPER, W., *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander, Sal Terrae, 2012, 19.

cultura determinada. “La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe” (EG 115). Quizás a algunos les llame la atención que se haya modificado la expresión clásica y que cultura reemplace a naturaleza. Recordemos que el fundamento de esta afirmación se encuentra en GS 53. Es posible rastrearla también en textos de Pablo VI y Juan Pablo II. Sin embargo, en la práctica pastoral y en la reflexión teológica no siempre fue tenida en cuenta. Las consecuencias que se derivan son variadas. Ante todo, se percibe en estas líneas un elogio de la diversidad de estilos de vida que los hombres generan en la historia. Elogio que se convierte en un llamado a tomar en serio ese modo cultural como forma de vivir el cristianismo, pues este “no tiene un único modo cultural sino que (...) llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado” (EG 116). Sin dudas este reconocimiento de la diversidad modifica el hacer de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, supone asumir un nuevo decir que supere la mera repetición de contenidos invariables en fórmulas estáticas. “Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura” (EG 129).

Se resquebraja el argumento que piensa al cristianismo encorseado en una determinada concreción cultural. Pero de ningún modo hay que entender esto como un ataque a la unidad de la Iglesia o asociarlo a un sentimiento antirromano. Francisco plantea la diversidad en clave teológica: “No haría justicia a la lógica de la encarnación pensar un cristianismo monocultural y monocorde. Si bien es verdad que algunas culturas han estado estrechamente ligadas a la predicación del Evangelio y al desarrollo de un pensamiento cristiano, el mensaje revelado no se identifica con ninguna de ellas y tiene un contenido transcultural” (EG 117). Es el misterio del Dios hecho hombre en Cristo el criterio para validar las aspiraciones más profundas del corazón de los hombres y no un estilo cultural por avanzado que parezca. Esto supone una gran generosidad para permitir que la acción no se vea entorpecida por nuestros esquemas mentales. “A veces en la Iglesia caemos en la vanidosa sacralización de la propia cultura, con lo cual podemos mostrar más fanatismo que auténtico fervor evangelizador” (EG 117).

En nuestro Continente y en nuestro país esta afirmación tiene

una repercusión peculiar. Hemos nacido en una tierra que puede caracterizarse como un pueblo en muchos pueblos. Desde la primera evangelización este ha sido el gran desafío para la Iglesia: respetar la autonomía cultural del pueblo naciente a la vez que transmitirle con claridad el mensaje de salvación. Hoy en día, el reto sigue siendo actual. La Patria Grande que es América Latina es rica en expresiones sostenidas y amparadas por la única fe en Dios, en Jesucristo y en la Virgen Madre.

5. Consecuencias éticas de la transformación misionera

La misión con su alto contenido teológico conlleva ineludiblemente un compromiso social, con consecuencias éticas que no pueden acallarse. Sin duda, tal como lo hemos venido señalando, la vertiente de la que mana este compromiso es el Dios bueno que sin perder su absoluta transcendencia se hace cercano a los hombres y a sus grandes interrogantes existenciales. Esta condición paradójica del ser de Dios en su comunicación con la humanidad, convicción de fe del pueblo de Israel, es llevada hasta un extremo inimaginable en la Encarnación de Jesucristo. Ya hemos dicho algo de esta relación. El capítulo IV de la Exhortación está dedicado a tratar ampliamente la cuestión. No admite ningún espiritualismo ni una “caridad a la carta” que pueda acallar nuestra conciencia sino de amar a Dios que reina en el mundo. “En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales” (EG 180). En esta línea recoge Mt 25,40, Mt 7,2, Lc 6,36 (textos que hacen referencia a la misericordia presente en nuestras vidas como una prolongación de la Encarnación) y comenta: “lo que expresan estos textos es la absoluta prioridad de la ‘salida de sí hacia el hermano’ como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda normal moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual en repuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios” (EG 179).

Un punto sensible en la dimensión ética de la misión lo encon-

tramos en la crítica al uso del dinero. No se trata de una crítica coyuntural. Mucho menos debemos pensar en un correctivo técnico a las estrategias económicas actuales. Sí, creo, se trata de una crítica teológica con consecuencias sociales. “En definitiva, la ética lleva a un Dios que espera una respuesta comprometida que está fuera de las categorías de mercado” (EG 57). La Exhortación invita a quebrar la lógica del dinero como clave hermenéutica de antropología y nos propone poner al ser humano en el centro de las preocupaciones. El problema no está en poner al hombre en el centro sino en haber condicionado la verdad y la felicidad del hombre al dinero. De aquí el clamor contundente: “¡El dinero debe servir y no gobernar!” (EG 58). La advertencia clara contra la nueva idolatría del dinero que genera la globalización, con sus crisis e incertidumbres, es también una denuncia contra aquellos que utilizan este medio para oprimir a los demás. Frente a un confianza en que el libre mercado traerá mayor equidad e inclusión social Francisco recuerda que “esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante” (EG 54).

Insisto. La crítica es teológica y conlleva, a mi parecer, una interesante novedad: no cuestiona al antropocentrismo en abstracto sino a aquel que está conformado por la lógica y la simbólica del dinero. Pues no se trata del dinero en sentido material sino de la función que cumple como estructurador de la existencia. La crítica incluye un cambio de actitud, una sensibilidad por los problemas de los pobres y marginados pero exige más profundamente modificar el centro sobre el que gira la concepción antropológica. Si hay hombres y mujeres olvidados, ignorados o tratados como si no fuesen seres humanos no hay programa político o económico que nos permita vivir en paz. En esto Francisco es contundente una vez más. La violencia en la que vemos que el mundo se sumerge en distintas ocasiones “no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz”. Subrayo *en su raíz*. Es un reclamo para que el dinero no vertebré el orden social subordinando a su gobierno la articulación de las relaciones humanas en sus diversos niveles. Por ello para Francisco la crisis financiera que tanto sufrimiento aca-

rea a millones de personas no tiene su origen en un plan económico técnicamente incorrecto sino en una antropología ideologizada por el afán de acumular riquezas. “Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano!... La crisis mundial, que afecta a las finanzas y a la economía, pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo” (EG 55).

La vida de los pobres es una instancia crítica a la lógica del dinero. Dios los ha elegido de antemano y nos invita a elegirlos en él. Por ello para Francisco la opción por los pobres es teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Invita a aprender de su estilo de vida preñado de un universo simbólico que pone de manifiesto el misterio de la vida, de la solidaridad y del amor en medio de tantos sufrimientos y limitaciones. “La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos” (EG 198).

La misión está llamada a cuestionar pacíficamente el orden establecido desde la lógica del Evangelio. La trama de relaciones que teje Jesucristo en su vida terrena propone un estilo de vida en donde el centro sea el hombre liberado de toda servidumbre que lo esclavice. Pero ello implica asumir con todas sus consecuencias la lógica del amor y de la misericordia, dejando que ellas nos completen y conviertan. Como en distintas ocasiones relatan los Evangelios lo que importa es el hombre curado y no el cumplimiento del sábado a costa de su salud. Ello supone construir una antropología distinta a partir de los fundamentos evangélicos y de las intuiciones y desarrollos que la tradición nos ofrece. Hay aquí una consecuencia ética que no puede dejarnos indiferentes. No somos invitados a corregir una situación anómala sino a poner bases nuevas, a aportar nuestro granito de arena para que el árbol de la sociedad crezca desde otra raíz.

6. Conclusión: la misión no puede dejar las cosas como están

La misión a la que nos invita Francisco es audaz. Es un camino de transformación, de renovación, de conversión, de reforma. No mira sólo hacia *afuera* sino también hacia *dentro*. Nos invita a proponer una verdad que simultáneamente transforma nuestra existencia, al punto que somos misionados cuando misionamos. Misión que no excluye a nadie y que debe ser vivida como una actitud permanente por los cristianos. Misión que nos pone en salida y nos propone renovar las estructuras en función de esa salida. Se trata de “poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están” (EG 25).

Decir y hacer marchan juntos. Dios y el hombre necesitan ser dichos con una palabra fiel y misericordiosa, que los exprese en su realidad más auténtica en este momento de la historia. Una palabra que desentrañe con suma honestidad los anhelos de la humanidad. Sólo así lograremos un bien hacer. Creo que aquí está una de las claves que nos permitirá abandonar la tristeza individualista y recuperar la dulce y confortadora alegría de evangelizar.

OMAR CÉSAR ALBADO
FACULTAD DE TEOLOGÍA (UCA)
10.06.14/19.06.14